

MARCELES
REVISITED:
EL
ÚLTIMO
LEGADO

CS RAÚL OLIVERA MIJARES



En marzo se cumplen cuatro años del deceso de Ludwik Margules, quien pereciera en 2006 víctima de cáncer. La presente crónica rememora algunos momentos de los distintos encuentros e impresiones causadas por el gran director de escena judío polaco. Entre sus montajes más memorables figuran: *La trágica historia del doctor Fausto* de Christopher Marlowe (1967), *Ricardo III* de Shakespeare (1971), *El tío Vania* de Chéjov (1978), *De la vida de las marionetas* de Bergman (1983), *Jacques y su amo* de Milan Kundera (1988), *Ante varias esfinges* de Ibargüengoitia (1991), *Las adoraciones* de Juan Tovar (1993), *Tiempo de fiesta y luz de luna* de Pinter (1994), *Cuarteto* de Heiner Müller (1996), *Don Juan* de Molière (1997), *Antígona en Nueva York* de Slowacki (1998), *Noche de epifanía* de Shakespeare (2004), además de óperas como *The Rakes Progress* de Stravinski (1985), *Fausto* de Gounod (1986) y *Aura* de Mario Lavista.

1 Sería allá por 1993 durante un *transit* en Hatwick, ¿o era Schiphol? Cuando uno pasa largo tiempo en el exterior hasta el español se vuelve extraño; por eso no pude identificar de inmediato la nacionalidad de la señora de pelo claro, porte distinguido y gafas que tenía delante. Continué mi lectura. En una de las numerosas *bookshops* del aeropuerto me había agenciado una novela de esas de dos libras.

Entre página y página pude comprobar que la mujer era española y estaba sentada al lado de un gordo malencarado, a quien bien hubiera podido confundirse con un chofer de taxi o el capataz de una fábrica en su tiempo libre, a no ser por la moderna *americana* —para ponernos a tono con su acompañante— que llevaba puesta. Por su talante indefinido —no era rubio ni moreno, alto ni bajo, guapo ni muy feo— hubiera podido pensarse que era peninsular, criollo, libanés o armenio. La voz del gordo tenía un timbre destemplado, más grave o más chillón según se

encendía, que despertó de inmediato el recuerdo de mis amigos eslavos.

Hablaban de todo y de nada, preferentemente de temas de cultura. El gordo acababa siempre por meter baza, manoteando y alzando la voz. Ella lo dejaba hacer, casi como una hermana o una amiga —nunca a la manera fría y resentida de las esposas. De vez en cuando volteábamos a vernos, el gordo tenía una mirada tan pesada que lo disuadía a uno de cualquier conato de aproximación.

Pensé que Sir Walter Scott, con todo y sus manidas sagas escocesas, era mejor que seguir de mirón. Poco después vi el reloj y me levanté de prisa. En lugar de acercarme a mi *gate*, que hubiera sido lo prudente, me había rezagado en una de las salas principales, justo donde había comprado el libro. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, la contrastante pareja se levantó también.

Se dirigían a México. Ciertas alusiones a nombres de artistas e intelectuales me habían puesto sobre

la pista. Aunque ya para entonces había perdido el interés y, supongo, la ocasión de abordarlos. No me parecieron en todo caso ni gente que tuviera que ver con la filosofía ni mucho menos escritores.

Aunque presentí que de una manera u otra íbamos a encontrarnos alguna vez. No recuerdo si volví a verlos al tiempo de reclamar el equipaje. Tampoco me inquietó mucho. Estaba demasiado aturdido viendo la manera de llegar en metro a la Central del Norte.

2

La casualidad quiso que años después, en 1996, durante una estancia en la ciudad de México conociera a un crítico de teatro costarricense y lo acompañara en su peregrinar a través de los foros de México. Cuanta gente de teatro nos topábamos se aprestaba a preguntar si habíamos visto *Cuarteto*. Mi amigo, de ascendencia alemana, venía justamente de ver en Berlín varios montajes de Heiner Müller, quien acaba de morir el año precedente. Más que el trabajo de extranjeros —hecho sobre otros extranjeros— le interesaban autores nacionales preferentemente vivos.

Así que dejamos la obra para el final. Recuerdo que llovía intensamente cuando nos encaminamos en taxi a las calles de Jalapa y Chihuahua en la colonia Roma. Por una escalera angosta de una casona, vieja y no muy amplia, uno llegaba a una segunda planta donde se había improvisado un foro. Se veía claramente que quienquiera que hubiese equipado el espacio había intentado escatimar lo más posible.

La densa recitación de Laura Almela y de Álvaro Guerrero, la proximidad del escenario, lo incómodo de los asientos, el techo tan bajo y las butacas colocadas en un juego de estrados ascendente tan endeble volvían terriblemente opresora la atmósfera. Años después habría de enterarme que Müller prescribía que la acción sucediese en un búnker. Bueno, el director, supongo, logró producir ese efecto tanto arriba como abajo del escenario.

Abrevio diciendo que fue la única obra que dejamos a medias. Si la intención del hombre era causar una fuerte reacción, lo había conseguido. Mi amigo salió diciendo que la puesta le había parecido aburrida, pretenciosa, insoportable. La verdad, yo compartí entonces aquella impresión.

Había algo en el vestuario que parecía un poco de pacotilla, sobre todo el cuello y el vuelo de la bata de Valmont. Un cierto regusto francés, ese *charme* de Choderlos de Laclos estaba definitivamente ausente. Un esencialismo crudo era todo lo que podía destacarse.

La descripción sucinta del criminal: un judío polaco que pasaba por *intelectualista* en la escena mexicana, quien había echado a perder ya a varios actores. Estaba claro que en México, y más en el teatro, cualquier extranjero con acento raro llega a contarnos las muelas. Una buena dosis de antisemitismo hizo presa de ambos, debo confesarlo, y no nos ocupamos más del asunto. A los pocos días, el costarricense partió. No volví a saber de él.

3

Siete años después, tras haber comenzado hacía unos cuantos meses a ensayarme en el teatro como dramaturgo, me enteré de un taller que por espacio de un mes iba a ofrecer Ludwik Margules —para aquel entonces gravemente enfermo— sobre dirección escénica aplicada a la ópera.

El hombre que encontré no era el gordo malencarado de hacía una década sino un anciano frágil, que de inmediato me recordó un texto de Kafka sobre un comerciante judío. En mi escasísimo polaco —nunca aprendí bien y ahora cada día se vuelve más etéreo— intenté saludarlo.

Me presenté como el humanista y hombre de letras que soy. De inmediato *saqué el paraguas* y lo previne que no era yo *homme de théâtre* ni mucho menos. *Filozofem jstes, wiem!* “Eres filósofo, lo sé”, fue su reacción. Confiado en que la edad lo había ablandado, me dispuse a asistir.

EL HOMBRE QUE ENCONTRÉ NO ERA EL GORDO MALENCARADO DE HACÍA UNA DÉCADA SINO UN ANCIANO FRÁGIL, QUE DE INMEDIATO ME RECORDÓ UN TEXTO DE KAFKA SOBRE UN COMERCIANTE JUDÍO

CON EL TIEMPO VOY HACIENDO MÍA UNA IDEA QUE LE OÍ A MARGULES POR PRIMERA VEZ: EL TEATRO, EL ARTE EN GENERAL, ENTRAÑA ALGO QUE ESCAPA A TODA EXPLICACIÓN, UNA SUERTE DE PROFECÍA

El taller tuvo lugar en una finca campestre. Por poco más de tres semanas nos vimos a diario. Compartimos la mesa, los paseos después de la comida, leímos, discutimos, hablamos de política mexicana —casi siempre en español, aunque con lapsos en polaco, alemán y, cuando los interlocutores así lo exigieron, en francés e inglés.

Tenía el estilo de los polacos inteligentes: seco, irónico, ingenioso, procaz, siempre haciendo gala de una ironía viva, pronta a lacerar a la menor provocación aunque también dotada de un *bon sens* —el menos común de los sentidos— verdaderamente apabullante.

Nunca se vio como el intelectual aislado en su torre de marfil. Como él mismo me contó durante una entrevista, que lleva por título *Texto como pretexto*: “Durante el exilio soviético invertía mucho tiempo en la lectura, aunque nunca fui niño rata de biblioteca. Disfrutaba de los juegos infantiles, donde la ficción intervenía en grado mínimo. No quiero que se me clasifique como uno que se apartaba del mundo y leía a solas y luego ideaba entretenimientos que estimulaban su imaginación. Nos enfrascábamos en los juegos más encarnizados. Nunca me alejaba de la gente, a pesar de que leyerá mucho. Siempre fui una calamidad como alumno: me escapaba de la escuela, sufría castigos, le tiraba piedras a mis maestros.”

Pan rezyzer, el señor director, podía hacer daño cuando se lo proponía, aunque se me figuró que sus amenazas eran, las más de las veces, como las espinas de la Rosa del Principito: “Ya pueden venir los tigres y los leones”. Nunca tuve la fortuna o la desgracia de trabajar con él sobre el escenario, quiero decir como el actor que nunca he querido ser.

Margules jamás le dio falsas esperanzas a nadie. Ése al menos fue un pecado que no cometió. Como maestro de dirección era implacable: el *metteur en scène* es siempre un esteta con nociones de varias disciplinas

—pintura, escultura, arquitectura, música, historia, psicología, literatura, pero también materias más prosaicas, como administración y contabilidad.

Una tarde, recuerdo, le confié un manuscrito con mis textos breves, que lleva el título de *Insomne*. Sus críticas siguen siendo hasta ahora las mejores que he recibido. En el arte hay que reducir todo a su esencia, despojarlo de cualquier ornato, artificio, efecto estridente.

Según Margules el teatro posee también la rara virtud del vaticinio. La última frase de *Cuarteto*, que pronuncia la Marquesa de Merteuil es: “Por fin estamos solos, cáncer, mi amante.” Aquel mismo año de su estreno, cuando el director se encontraba ocupado con el montaje de *Antígona en Nueva York* de su amigo Mrozek, debió enfrentar la noticia de la muerte de aquella española, científica, hija de republicanos, quien también había conocido el exilio soviético. Se llamaba Lidia —un nombre que no puede ser más común en ruso— quien fuera víctima del cáncer.

Más que una esposa, recordaba de mi impresión en el aeropuerto, parecía una colega o amiga, una *Gesprächspartnerin*, una auténtica interlocutora. Ludwik Margules tuvo el raro privilegio de encontrar la felicidad en su hogar. Le gustaba mucho comer y también cocinar. Solía decir que todo director de escena debía ser también un buen cocinero —y aunque no especificó, yo así lo entendí— un buen seductor de sus primeras actrices.

Fue su glotonería, en parte, lo que se lo llevó tempranamente a la huesa. También los mohines que le costó el trabajo con los actores, fieras que sólo aguardan el momento en que el domador olvida el látigo para echarse encima. Margules se quejó siempre de su situación pecuniaria —como buen judío que ha conocido la miseria, aunque tuviera dinero jamás declaró que lo tenía; no fuera ocurrírsele a alguien pedirle prestado. Con sus conocimientos fue, en

cambio, generoso pero nunca incauto. Siempre dijo que todo lo que valía la pena tenía su precio. Recuerdo que cuando sus aprendices de directores se negaron a cubrir puntualmente las colegiaturas los echó de su escuela.

4

En el 2005 le dediqué uno de mis volúmenes de cuentos, titulado *La ciudad y la tarde*, aunque nunca pude comunicárselo. La visión a profundidad que me dejó del teatro, si no para ser director —mi oficio es otro— acrecentó grandemente mi capacidad para apreciar el trabajo de los actores. Incluso en Saltillo, una ciudad donde no existe el gran teatro, tengo ocasión de ejercer esa rara habilidad, sobre todo, a través de una de las pasiones de mi vida, el cine de arte, ahora asequible en DVD.

Después de haber oído disertar al maestro, un verdadero filósofo, acerca del sumo arte del teatro, es difícil —si no imposible— ignorar las inmensas aportaciones que el arte dramático ha hecho a la narrativa, sobre todo, a través de las novelas escritas por los rusos. Unos días antes de su muerte terminé de leer *El idiota* de Dostoiéwski —así reza la versión del apellido originalmente polaco del escritor ruso.

Quienes tuvieron la ocasión de tratarlo saben que Margules, como ser humano, no era hueso fácil de roer. Poseído por un espíritu de contradicción, encontraba siempre las partes dudosas y hacia ahí concentraba sus ataques. Era un depredador natural de actores, sobre todo, y de actrices también. Solía decir mefistofélicamente que había que tratar a unos y otras como putas para que nunca se sublevaran.

Por supuesto, sus palabras no pueden tomarse en un sentido literal. A Margules le gustaba alardear de una crueldad y un machismo que, en el fondo, estaba lejos de poseer. Era como parte de su retórica. Su aportación a la dirección escénica en el México del siglo xx es invaluable, al lado de otros nombres como el de Roberto Wagner, Seki Sano —estos dos maestros suyos—, Julio Castillo y el aún vivo Luis de Tavira.

A fines del 2004, cuando preparaba su último montaje, *Twelfth Night or What You Will* de William Shakespeare, pude verlo por unos minutos en el Foro Teatro Contemporáneo. Recordó una novela que

le envié ambientada en Polonia, *Ewa*, y me hizo las críticas pertinentes mostrándose más bien generoso. Me ofreció un refresco, luego entró la enfermera para darle un pinchazo de morfina, más tarde llegaron sus actrices y tuvo que atender el ensayo. Por desgracia, no pude ver ni el estreno de esa obra ni el reestreno de *Cuarteto* en el Teatro Julio Castillo

El día de su muerte, antes de enterarme por los diarios, hallé entre mis papeles un escrito de su puño y letra —una caligrafía bastante titubeante la suya, como la de un niño: su última embolia había dejado ciertas secuelas— con una cita de Juliusz Slowacki. Con el tiempo voy haciendo mía una idea que le oí a Margules por primera vez: El teatro, el arte en general, entraña algo que escapa a toda explicación, una suerte de profecía.

En la noche fui a rentar por enésima vez *Dekalog: Jeden*, el primero de esa serie de medimetrajes acerca de los diez mandamientos de Krzysztof Kieslowski —otro de los polacos que se han ido— que me recordó muchas de las observaciones sobre el trabajo en escena por parte de Margules. En efecto, ahora sé que tenía razón: los actores eslavos, en particular rusos y polacos, son los mejores del mundo.

Nunca quiso que lo tomaran como judío —no porque se avergonzara de ello, sino por no ser religioso. Simplemente prefería verse como un polaco de alma mexicana. Creo que al igual que el protagonista en el filme de Kieslowski, aquel matemático agnóstico quien al principio sólo cree en la fuerza de la razón, Ludwik Margules descubrió a través del dolor el sentido de Dios y de la vida. Aún no logro descifrar la frase de Slowacki, ni mucho menos su sentido. Supongo que en mi caso ése será su último legado. 